

Los sordos de Rodrigo Rey Rosa: El cuerpo y la sombra

Moisés Elías Fuentes

CAMUFLADA ENTRE LA “NOTA DEL AUTOR” y el “Prólogo”, la primera línea de *Los sordos* vela y desvela con lúdica habilidad los recursos estilísticos y las intenciones discursivas del escritor: “A media tarde, don Claudio bostezó.” A la verborrea agresiva y trepidante que campea en las primeras páginas de muchas novelas contemporáneas, el autor de *Los sordos* opone una oración solitaria, en apariencia ociosa, desprovista de emociones pero no de insinuaciones.

En efecto, “A media tarde, don Claudio bostezó” es el enunciado que desencadena una multitud de hechos y eventos que parecieran salidos de sueños y pesadillas cuyo único lazo en común es la sordera, los fantasmas de voces perdiéndose en el vacío, enclaus-trados en una atmósfera asfixiante de la que nadie escapa, ni siquiera aquellos que tienen el consuelo de saber que podrían huir, dejar todo atrás.



Ilustración del libro *The birds of America* de J.B. Chevalier, Nueva York, 1840-1844.

Fiel a sus recursos narrativos, el guatemalteco Rodrigo Rey Rosa (1958) traza de nueva cuenta ante sus lectores el cuerpo y la sombra de diversos personajes que podrían intentar al menos fugarse de su destino, y que en cambio deciden apurarlo, llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Como los antihéroes del libro de cuentos *Ningún lugar sagrado* o el solitario escritor investigador de *El material humano*, los amos y los sirvientes de *Los sordos* optan por enfrentarse al precario equilibrio de la cuerda floja, antes que pactar las comodidades de una salida fácil.

A lo largo de las páginas de *Los sordos* atestigüamos una sucesión de fugas y rebeliones que no llegan a concretarse, frustradas tal vez por el origen social de quienes las protagonizan, que de modo inútil tratan de desligarse de lo que han sido, de lo que son y que aspiran a obtener un renacimiento que se les niega, puesto que no existe el punto de equilibrio entre lo social y lo individual, entre el caos y el orden.

Así lo testimonia Cayetano desde que, a instancias de su tío Chepe, llega de su pueblo a ciudad de Guatemala para trabajar como guardaespaldas de Clara. Durante su primer amanecer en la ciudad, el joven Cayetano observa entre curioso y asustado cómo el caos y el orden se superponen el uno al otro de manera alternada, en un perturbador intercambio de dominio que pasa inadvertido para los demás, pero que a él lo deja desorientado, tanto como lo desorienta la libertad y la belleza reprimidas de su nueva patrona, dueña de sí misma pero vasalla del mundo al que pertenece. Con un notable dominio del diálogo y del monólogo interior, Rey Rosa nos deja entrever las intimidades de un tejido social tenso, apretujado en ciertas zonas y

desarticulado en otras, amenazado perennemente por la disolución. Es en este microcosmos que el escritor despliega la historia de *Los sordos*.

No deja de ser llamativa la forma en que Rey Rosa compagina el diálogo de viva voz con las comunicaciones mediante telefonía celular e internet, o cómo aprovecha la presencia de monitores de computadora y de videocámaras de vigilancia, metáforas de un mundo solitario que únicamente se dedica a vigilarse y grabarse, pero que es inepto para involucrarse con sus distintas realidades. De ahí que el discurso novelístico insista en la condición de voyeristas de los personajes. Voyeristas porque son sordos, no escuchan, no sienten las vibraciones del sonido a su alrededor.

Y a resultas de todo esto, ¿quiénes son los sordos? En primera instancia, serían los hombres y las mujeres que habitan la Guatemala sobreviviente de la guerra civil de 1954-1995, una de las más largas en el siglo xx latinoamericano, la Guatemala de los tratados de paz y la democracia endeble, la que pasó a los pueblos originarios de la categoría de “indeseables” a la de “artículo turístico”, la que sintetiza su situación paradójica en el miedo al despertar de los tres volcanes. El país que es preferible que duerma y siga aterido por sus terrores nocturnos, en lugar de despertar y vivir su vida, su tiempo histórico, su espacio terrestre.

Sin embargo, hay una imprecisión en el apunte anterior, pues hablo de hombres y mujeres, pero las mujeres están ausentes de las páginas de *Los sordos*. Más allá de la hermosa cuarentona Clara, en los capítulos de la novela diríase que no habitan las mujeres, o peor aún, que su presencia es fantasmal, referencial, inconcreta. Muertas, abandonadas, evocadas o lejanas, las mujeres,

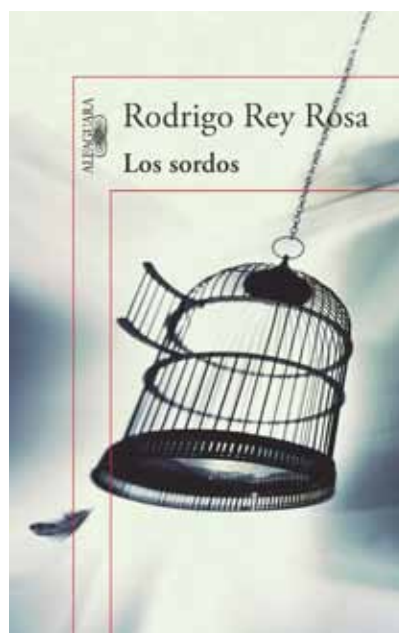
o mejor dicho su ausencia, recalcan la orfandad del microcosmos en que habitan *Los sordos*.

Los hombres son los verdaderos sordos de la novela: su idealización del ser femenino subraya el aislamiento del hombre. Virgen o prostituta, madre o novia, amante o amada, al limitar a las mujeres, los hombres de *Los sordos* se limitan, se encierran dentro de sí mismos. De tal condición no se salva ni siquiera Javier, el abogado millonario amante de Clara, el único hombre que tiene contacto real con una mujer, pero que, en su obsesión por fundar una clínica médica especializada en el desarrollo de drogas que inducen estados de satisfacción, termina por falsear a la mujer amada, convertida en un sueño, lo que debería ser, y no lo que es.

Al final, todo pareciera una alucinación en esta novela de Rey Rosa; los hechos se suceden con tal celeridad, aunque a la vez con tal desazón, que podría decirse que asistimos al montaje y al desmontaje de una puesta en escena, juego de alternativas en el que los actores del drama se cansan de sus máscaras al tiempo que se aferran a éstas. La farsa, pues, como única posibilidad de salvación en un tejido social adverso a la sinceridad, empeñada en vivir envuelta en espejismos que son más crueles aún que las verdades de las que se intenta escapar.

Concebida y narrada con oficio, el único punto débil de *Los sordos* estriba en la falta de profundidad psicológica de los personajes, quienes no adquieren un entramado anímico e intelectual que esté a la altura de la complejidad de sus actos. Si bien Rey Rosa no pretende escribir una novela de tesis, su discurso, en deuda con la *non fiction-novel* tan cara a autores como Truman Capote o Norman Mailer, despliega hechos y sucesos que deberían ser el reflejo de las acciones que realizan los personajes, pero que al no cumplir tal función, desorientan al lector.

Esto sería un error común para otro escritor, pero con las tablas de Rey Rosa, dicho titubeo deviene en la sensación de que el escritor tiene aún desconfianza de sus facultades literarias. Sin embargo, este titubeo no obsta para que encontremos en la narrativa de este autor guatemalteco un ejemplo sólido e inteligente de la resuelta evolución que está experimentando la narrativa en la Centroamérica actual. ■



Rodrigo Rey Rosa
Los sordos
Madrid, Alfaguara,
2012, 240 pp.